

Juegos perdidos

Sumergidos en los posos de la memoria, confundidos entre los recuerdos que nos contaron, los soñados que nunca fueron y los que lo hicieron a nuestro pesar, vagan en cada uno de nosotros los años dorados de la infancia y la niñez. Porque hasta la más oscura de las infancias tuvo tardes de sol.

Si por un instante mágico pudiéramos diseccionar el universo misterioso que constituye aquella época y rellenar los huecos olvidados, poner nombre a las carencias que sellamos, catalogar los excesos que sufrimos, significar las ausencias, entonces, alguno de los errores de la vida adulta sería vistos con mayor indulgencia al configurarse, con toda claridad, resultado inevitable de aquellos días.

Según Ana María Matute, reciente Premio Cervantes 2010, a pesar de que los cambios en el ser humano son constantes, nunca llegamos a perder la inocencia del todo. Un pensamiento liberador éste, que exonera de una culpa completa al peor de los individuos gracias al reducto indisoluble del niño que un día fue. La inocencia como principio y fin.

Con ochenta y tres años publicó Ana María Matute su obra "Paraíso Inhabitado", donde se abarca con un lirismo desbordante la mirada aturdida de la infancia y la soledad, o mejor, de la infancia en soledad. Sorprende la lucidez de esta escritora imprescindible capaz de transmitir los sentimientos de desamparo y la confusión en los conceptos que separa los mundos, no siempre convergentes, de los adultos y los niños como si la retina de quien observa tuviera, efectivamente, siete años. Como si fueran ciertas las meditaciones de la narradora cuando se plantea que "tal vez la infancia sea más larga que la propia vida".

M^a José Amador Montaña

Susanna

La inmensa alegría que nos anega al descubrir un libro es aún mayor si está escrito por alguien del que nada sabemos. Cuando esto sucede, rara vez por otra parte, pues solemos tener múltiples referencias de aquí y allá, nada nos importa más que encerrarnos en casa, desconectar el teléfono, adentrarnos en ese bosque de papel y letras con los mismos ojos expectantes y barnizados de ilusión del primer astronauta que pisó la luna.

Hace pocos años experimenté esa misma sensación cuando cayó en mis manos, por mediación de mi padre, un gastado ejemplar de *Juventud sin Dios* del austriaco Ödön Von Horváth: título y autor que ninguno de los dos conocíamos. Sensación de sorpresa y desconcierto, de intensa felicidad, que renace en mí con el libro que ahora nos ocupa.

Susanna es la última novela de Gertrud Kolmar y fue escrita durante el invierno de 1939, prevaleciendo del silencio de la noche, en un apartamento para judíos donde vivía con su padre enfermo. La cuidada edición de Errata naturae abre cada capítulo con un dibujo y cierra el volumen con unas Notas bibliográficas. A través de ellas me entero de que la autora nace en Berlín, en diciembre de 1894, en el seno de una familia burguesa. Entre 1914 y 1916 compone su primer poemario, *Napoleon und Marie* (publicado póstumamente en 1955), y obtiene un título de lenguas francesa e inglesa que le permite ser profesora de instituto. A partir de entonces, posiblemente alentada por su padre y su primo el filósofo Walter Benjamín, se vuelca en la creación literaria y encuentra en esta empresa el mejor método para aligerar el fardo de los días.

El argumento de esta *nouvelle* es muy sencillo. Una institutriz judía, de cabellos grises y ojos cansados, se entera por el periódico del fallecimiento de una mujer a la que conoció hace tiempo. La necrológica aviva las ascuas de su memoria, enciende la antorcha de los recuerdos, y es así como retrocede once años para revivir aquel momento en el que acepta ser preceptora de una bellísima joven pero mentalmente perturbada. Enseguida, las dos mujeres congenian y se hacen amigas; pasean por las calles del pequeño pueblo, saludan a los vecinos, juegan con la nieve, intercambian relatos y hazañas mientras se afanan en la costura, leen libros en voz alta amortiguando el crepitar del fuego y el ruidoso interior de la enferma que se rinde al amor por primera vez...

Narración delicada, directa, urdida con pocos y finos mimbres, cuyo mayor logro es el retrato psicológico de los personajes, la auscultación del alma de la melancólica y enamoradiza protagonista, hermoso y extraño ser ajeno al mundo, de un final tan amargo como el de la propia Gertrud Kolmar y Walter Benjamin y tantos millones de judíos de futuro sin mañana.

Lorenzo Rodríguez Garrido

Sobre el arte actual

La belleza en el arte quedó seriamente dañada cuando Marcel Duchamp le asestó un golpe casi mortal con un urinario. El artista francés, bajo el pseudónimo de R. Mutt, presentó como obra de arte un escusado manufacturado en una fábrica de productos sanitarios a un jurado norteamericano en 1917. Con este pequeño gesto, enormemente atrevido en el momento, provocó una revolución artística que abrió la veda a todo tipo de materiales, técnicas y expresiones para la creación de obras de arte. A partir de ese punto el “no hay reglas”, el “todo vale”, se impuso y el sentido y significado de una obra eclipsaron a su estética. Las vanguardias atacaron y vencieron a las tradiciones.

Muchos rechazan este tipo de “nuevo” arte y protestan ante lo que para ellos es una burla y una mentira. Marc Fumaroli, el renombrado historiador del arte, insta a no llamar arte al arte actual, sino espectáculo de divertimento muy pasajero o directamente *entertainment*. Acusa al movimiento pop americano, con Warhol a la cabeza, de pervertir el arte mezclándolo con el consumismo y el mercado, convirtiéndolo en una colección de marcas sin ningún tipo de valor artístico para un público millonario.

La búsqueda de la excelencia en estas vanguardias y su separación de lo que es sencillamente un camelo es tarea de críticos y expertos. Desafortunadamente, en muchas ocasiones estos expertos no son más que marchantes y galeristas que anteponen sus intereses privados a la calidad artística de una obra. Ante este panorama, ¿qué queda para los poco o nada iniciados? La formación en espacios de divulgación y las visitas guiadas a centros y museos especializados se muestra como un buen comienzo, pues con el conocimiento adecuado se pueden descifrar los distintos significados y códigos que envuelven las obras derivadas de este arte tan lleno de polémica.

José Alejandro Heredia Guerrero

Instrucciones para escuchar *Der Abschied (La Despedida)*, sexto movimiento de la *Canción de la Tierra* de Gustav Mahler

Aléjese. Sea lo contrario de lo que es usted para que al escuchar la música pueda viajar hasta su propio yo y al reencontrar su antigua identidad sienta de nuevo una alegría.

Descéntrese. Apostate de su interior. Sinviértase. Triviértase. Asómese a su carne mientras esplenden en su cabeza todas las melodías que en su interior transporta el espíritu.

Abandónese. Permita que se le anexionen las cosas que sin duda habrá a su alrededor. Cuando ya sea íntimo de la materia y no exista distancia entre lo que es usted y lo que no es, deje que a sus gargantas íntimas acuda el himno que anuncia los esponsales de su cuerpo con la claridad y la calma.

Destrónese. Abdique de su fragancia. Calcine su soberbia en las hogueras nupciales de su propio ocaso. Que sus moléculas caídas sean el alimento de la caducidad. Despoje su memoria para que cuando llegue al cielo no le queden recuerdos en que coleccionarse porque usted únicamente consista en no, en nadie, en nunca, en nada.

Auséntese. Regrese a su primera cantidad. Deje que los oscuros ríos lancen de nuevo su organismo a las playas internas de su madre, allí donde se inauguraba la existencia y, cuando sienta que la humedad innumerable le otorga un nuevo principio, permita que sus tejidos corporales se emancipen y disuelvan para acoger dentro de sí la música.

Abrácese. Descubra que tras su respiración la eternidad comienza y los murmullos de los astros duermevelan y, equidistadas de la muerte y de la vida, están las sílabas de admiración dichas por la boca de Dios cuando la luz nació junto al Verbo y se expansionaba alrededor del universo como un soplo.

Escúchese. Que no han cesado nunca de girar las masas y mientras haya horas en el tiempo y el corazón nos siga la misión de la especie exige recordar las hermosuras que la tierra nos brinda para fundar en ellas resplandeciente la verdad.

Despiértese. Deje que a su mirada estrene el mundo mediante el temblor, que a sus ojos acuda la vibración pequeña que toda lágrima porta en su transparencia y aprenda a contemplar los sagrados recintos donde la realidad transcurre para todo lo que es capaz del mundo.

Arrójese. Abra los brazos en agradecimiento a la velocidad y la lentitud de su celeste biografía mientras suena la sublime orquesta y el director destila su desesperanza y el devocionado público imagina y dos seres agonizantes entonan con unción el canto último.

Perdónese. Convoque a todos sus cuerpos para consolarlos y decirle adiós a su pequeña sustancia y contemple su insoportable belleza mortal mientras asiste en silencio a este infinito réquiem de sus espacios y sus días.

Álvaro Fierro